

Ryszard Kapuściński, el traductor de culturas

B. S. Rębosz

Lectora de polaco

Resumen

Eran las siete y media de la tarde cuando, como de costumbre, puse la televisión para ver las noticias. En la pantalla apareció la familiar cara de Ryszard Kapuściński junto a las fechas 1932-2007. La voz del presentador nos daba la mala noticia. Me quedé petrificada, sin poder creer lo que acababa de oír. De pronto, me embargó una gran tristeza, me di cuenta de que nunca más sentiré este agradable cosquilleo de curiosidad con tintes de impaciencia que siempre me invadía al coger en mis manos un nuevo libro de Kapuściński, el “papa del reportaje”, como algunos lo denominaban.

Este primer artículo se lo dedico al hombre que pasó toda su vida intentando entender y acercar las diferentes culturas, al hombre que sólo se sentía incómodo cuando no estaba de viaje, a Ryszard Kapuściński.

Laburpena

Arratsaldeko zazpi eta erdiak ziren, albisteak ikusteko ohi bezala telebista piztu nuenean. Pantailan Ryszard Kapuścińskiren aurpegi ezaguna agertu zen, ondoan, 1932-2007 data. Aurkezlearen ahotsak albiste txarra zekarkigun. Harri eta zur geratu nintzen, entzun berri nuena sinetsi ezinik. Bat-batean, tristura handi batek hartu ninduen, konturatu nintzen ez nuela berriz sentituko batzuek “erreportajearen aita” deitzen zuten Kapuścińskiren liburu berri bat eskuetan hartzen nuen bakoitzean sumatzen nuen kilika hura, ezinegonak ñabartutako jakin-minak eragiten zidana.

Lehenengo artikulua hau, bizitza osoa kultura desberdinak ulertu eta horiek elkarrengana hurbiltzeko ahaleginetan igaro zuen gizonari eskaintzen diot, bidaiatzean soilik eroso sentitzen zen gizonari, bere burua deseroso sentitzeko, ez bidaiatzea nahikoa zuen gizonari, Ryszard Kapuścińskiri.

- “Poland is a country...” le leí a mi anfitriona.
Dejó de comer y se puso a escuchar.
- Sí, es verdad –dije–. Crecemos como plantas nocturnas, florecemos una vez al año, la noche de san Juan. El río lleva nuestras semillas por todo el mundo. De vez en cuando aparecemos por causa de guerras, levantamientos y catástrofes históricas. Cada mañana cambiamos de idioma como quien cambia de ropa. Somos ciudadanos, tenemos casas sobre ruedas, nuestros pasaportes son prácticamente ilegibles. ¡Ah! Sin dificultades escribimos en cirílico. Hasta nuestro papa es móvil, viaja de aquí para allá, un tipo intranquilo vestido de blanco. Nunca maduramos, siempre nos comemos el postre antes del plato principal. Realmente somos un pueblo misterioso, aparecemos y desaparecemos. Puede que se deba al clima o a la inmensidad de llanuras.¹

Ryszard Kapuściński nació en 1932 en Pińsk, en Polesia (actualmente Bielorrusia) en una familia de profesores. Polesia era y sigue siendo un lugar de mucha pobreza. En Pińsk convivían representantes de muchas culturas diferentes, la ciudad se distinguía por su multiculturalidad. Cuando Kapuściński tenía apenas siete años estalló la guerra cuya imagen guardó en su memoria. Estaba en el campo mirando los puntos que se movían por el cielo cuando, de repente, se escuchó un estruendo terrible y gigantescos pedazos de tierra saltaron por los aires como si se tratara de una fuente. Estaba fascinado por lo que veía, quería ir y mirar más de cerca. Su madre no se lo permitió².

El invierno de 1939 al 1940 resultó ser especialmente duro. Moría mucha gente, no había nada para comer, fue a la edad de ocho años cuando Kapuściński empezó a fumar, porque el tabaco que mendigaba junto con otros niños a los soldados soviéticos engañaba su estómago vacío. Su mayor deseo en aquella época era poseer un par de zapatos.

El propio escritor reconoce que entiende a la perfección a la gente hambrienta o descalza, a la gente del Tercer Mundo, debido a sus propias viven-

¹ Tokarczuk, Olga (2001): *Gra na wielu bębenkach*. Wałbrzych: Wydawnictwo Ruta, pp. 55-56, traducción propia.

² Kapuściński, Ryszard (2007): *El mundo de hoy. El autorretrato de un reportero*, Barcelona: Anagrama, pp. 17-18.

cias. Sus raíces surgen de la miseria y era ella la que determinó el interés que suscitaban en él los países pobres. Por otra parte, el cruce de culturas en el que vivió de niño le hizo ver el mundo como una gran comunidad compuesta por diferentes religiones, culturas, idiomas, una comunidad de personas. Para él, el mundo era el Pińsk de su infancia. Pińsk, situado en un confín de Europa, simbolizaba la añoranza por ver el mundo que se extendía más allá de los lodazales que lo rodeaban. La infancia vivida en Pińsk le suministró la llave para la puerta del entendimiento del Tercer Mundo.

Su ciudad natal dejó una huella en su personalidad, en su casa en Varsovia tenía una pared llena de libros sobre Pińsk. A propósito de la importancia que éste tuvo para Kapuściński, Hanna Krall dijo:

Cuando no sé qué pensar pregunto a Edelman, cuando no sé qué hacer pregunto a Kapuściński. No tengo ni idea de dónde lo tienen. ¿De su organismo? ¿De los genes? ¿De la tierra? ¿Del cielo? No podemos descartar que Kapuściński lo tenga de Pińsk. Muchos sabios provenían de unas ciudades pequeñas (...) Viajaban poco y con poca gana. Vivían más en el tiempo que en un espacio, y si fuera un espacio, sería vertical, entre el abismo y el cielo. Kapuściński vive en un espacio horizontal porque desde cuando abandonó Pińsk su vida se convirtió en una andadura. Dejó Pińsk dotado de unos conocimientos sobre lo que es miedo, pobreza y hambre. Por eso, cuando llegó a los hambrientos, se sentía bien, se sentía como si estuviera en su casa³.

Kapuściński visitó Pińsk en 1996. Fue entonces cuando se enteró de que la casa en la que vivían sus padres iba a ser destruida, de acuerdo con las directrices de la política de las autoridades bielorrusas empeñadas en borrar toda huella de la existencia de la población polaca. Finalmente, una pequeña comunidad polaca consiguió que la casa natal de Kapuściński se conservara como un recuerdo.

La infancia del reportero, en el que Kapuściński posteriormente iba a convertirse, coincidió con los años de la segunda guerra mundial. La guerra y todas las atrocidades relacionadas con ella moldearon su carácter y su mentalidad. En las numerosas entrevistas que concedió a lo largo de su vida, una pregunta se repetía con frecuencia, la pregunta por el miedo que parece estar inseparablemente unido a la labor de un corresponsal de guerra. Kapuściński contestaba que para él, en realidad, la guerra nunca ha terminado, porque para la gente que la ha vivido, la guerra nunca termina de una manera definitiva.

³ VVAA: "Hanna Krall o Ryszardzie Kapuścińskim." En línea: <http://serwis.gazeta.pl/kapuscinski/1,23087,457622.html>

Durante mucho tiempo pensé que éste era el único mundo, que no había otro, que la vida era así. Es comprensible: los de la guerra fueron mis años de infancia y primera adolescencia, cuando uno empieza a discurrir y a tomar conciencia de las cosas. De ahí que me pareciese que no era la paz sino la guerra el estado natural del universo, incluso el único posible, la única forma de existencia; que la necesidad de huir, el hambre y el miedo, las redadas y las ejecuciones, la mentira y los gritos, el desdén y el odio formaban parte del sempiterno orden de las cosas, que eran el sentido de la vida, la esencia del ser. Por eso, cuando callaron los cañones y dejó de oírse el estruendo de las bombas al estallar, cuando de pronto se hizo silencio, ese silencio me pilló por sorpresa, no sabía qué significaba. Un adulto al escucharlo, tal vez dijese: “Se acabó el infierno. Por fin ha vuelto la paz.” Pero yo no recordaba qué era la paz, era demasiado pequeño para recordarla: cuando se acabó la guerra yo no conocía más que el infierno⁴.

Acabada la guerra, Kapuściński debutó a los 17 años como poeta en una publicación semanal. Años después se mostró autocrítico y reconoció que todas sus poesías eran muy malas. Sin embargo, era aquella poesía de bajos vuelos la que le abrió la puerta al mundo del periodismo. Alguien de la redacción de *Sztandar młodych* (“El Estandarte de los jóvenes”) se fijó en él y justo después del bachillerato empezó a trabajar en el periódico, primero como mensajero, para paulatinamente transformarse en periodista.

En el 1951 empezó a estudiar filología polaca en la Universidad de Varsovia, pero muy rápidamente la cambió por la carrera de historia. Terminada la carrera volvió al periódico. Su primer artículo importante apareció en 1955 y era una radiografía crítica de la ciudad obrera de Nowa Huta que dejaba en descubierto la penosa e inhumana existencia de los obreros. El contenido crítico del artículo causó mucho revuelo entre las autoridades y Kapuściński fue obligado a esconderse por miedo a las represalias. Finalmente, un año más tarde, debido a los cambios políticos que ocurrieron en Polonia, Kapuściński obtuvo Cruz de Oro al Mérito por ese mismo artículo.

Kapuściński recuerda que, poco después de esta “rehabilitación”, él mismo pidió que el periódico lo enviase al extranjero, a un país distinto, exótico... como por ejemplo a Checoslovaquia, porque en aquella época lo que más le entusiasmaba era el mismo simbólico hecho de poder cruzar una frontera, la frontera o el país en sí, no tenían mayor importancia. Era el año

⁴ Kapuściński, Ryszard (2007): *El mundo de hoy. El autorretrato de un reportero*, Barcelona: Anagrama, pp. 21-22.

1956, un año después de haber solicitado marcharse de viaje, cuando Kapuściński embarcó en su primer avión y no precisamente rumbo a Checoslovaquia, sino a la India. Para esta ocasión Irena Tarłowska, la jefa de redacción, le regaló el libro de Heródoto que, al cabo de más de 45 años, le inspiraría para escribir *Los viajes con Heródoto*. En él, Kapuściński descubriría al lector los sentimientos que albergaba, y lo perdido que se sentía en su primer viaje al extranjero, porque el único sueño que tenía ya se veía cumplido al cruzar las fronteras. Debido a que su nivel de inglés dejaba mucho que desear, en un puesto callejero de Nueva Delhi compró *Por quién doblan las campanas* de Hemingway y con la ayuda del diccionario inglés-polaco que tenía en la maleta intentó suplir esta falta.

Después de la India en el 1957 Kapuściński se fue a China, de donde tuvo que volver debido a cambios en la redacción. Pero, por aquel entonces, ya se había contagiado de la pasión por los viajes, por conocer lo hasta ahora desconocido.

Al igual que de la India, me marchaba de la China con una sensación de pérdida, incluso con pena, pero al mismo tiempo había en aquella partida algo de consciente huida. Me sentía impelido a huir porque el contacto con aquel mundo nuevo, para mí del todo desconocido antes, había empezado a succionarme, a hacerme girar en su órbita. Enseguida se había apoderado de mí una gran fascinación y el deseo de conocerlo, de penetrarlo, de fundirme y de identificarme con él. [...] A mí en cambio también me atraía aquello que se encontraba más allá de esos mundos: me tentaban nuevas personas, nuevos caminos, nuevos cielos. El deseo de *cruzar la frontera*, de escudriñar lo que se encontraba más allá de ésta, seguía vivo en mi interior⁵.

Trabajando para la Agencia Polaca de Prensa (PAP), Kapuściński recibió un nuevo destino, lo eligieron como corresponsal responsable de cubrir todo el continente africano. Un país como Polonia no disponía de suficientes recursos económicos como para poder permitirse mayor despliegue de periodistas. Kapuściński estaba ansioso por encontrarse allí donde pasaba algo importante, decía que, si no fuera por los reporteros, muchos de los acontecimientos nunca habrían tenido lugar y se habrían perdido en el olvido⁶.

En *La guerra del fútbol* (1988) relata el momento de esta ansiedad. Ya en Polonia, a principios del mes de julio de 1960 Kapuściński se enteró de

⁵ Kapuściński, Ryszard (2006): *Viajes con Heródoto*, Barcelona: Anagrama, pp. 85-86.

⁶ Żakowski, Jacek (2003): „Mam jeszcze tyle do opisania.” En línea: www.Kapuściński.info/pagewywiady/51

que en el Congo, que acababa de obtener la independencia, estaban teniendo lugar la rebelión del ejército y la intervención belga, y que reinaban el caos y la histeria. Sintió la portentosa necesidad de ir al Congo, pero alguien con pasaporte polaco no tenía posibilidades de entrar en el país. Para resarcirle de esta decepción la redacción de la PAP le ofreció la posibilidad de ir a Nigeria. A él, Nigeria no le interesaba, quería, es más, necesitaba ir al Congo porque era allí donde ocurrían cosas sobre las que había que informar, y que él intuía importantes. Se enteró de que en el Cairo había un periodista checo que, como él, quería ir al Congo. Kapuściński oficialmente mantuvo que iba a Nigeria, mientras tanto, cambió el billete y en vez de ir a Nigeria salió al Cairo. Finalmente, dos periodistas checos y él fueron los únicos periodistas europeos que informaron sobre el Congo. Era allí donde pasó uno de los momentos más peligrosos su vida.

Sentí las puntas de tres cuchillos en la espalda y vi varios machetes (que en África hacen las veces de guadañas) dirigidos hacia mi cabeza. Dos hombres permanecían vigilantes a un par de pasos de distancia, apuntándome con sus fusiles, prestos a disparar si intentaba huir. Estaba atrapado. A mi alrededor no veía sino rostros sudorosos, miradas febriles, cuchillos y cañones de fusiles.

Mi experiencia africana me había enseñado que lo peor que uno puede hacer si se encuentra en semejante situación es mostrar el más leve signo de debilidad, hacer cualquier gesto reflejo de autodefensa, pues tales demostraciones sólo habrían podido envalentonarlos, provocar en ellos una nueva oleada de agresividad.

En el Congo nos ponían una ametralladora contra el vientre. Cualquier gesto, por mínimo que fuera, podía habernos costado la vida. Debíamos reunir todas nuestras fuerzas para ni siquiera parpadear. Permanecer inmóvil era lo más importante. Para lograr esta inmovilidad hace falta un largo entrenamiento y una voluntad de hierro, pues a la hora de la verdad, dentro de uno todo te grita que huyas o que saltes al cuello al agresor. Pero ello nunca van solos, y ante un nutrido grupo la muerte es segura. Es el momento en que él, el negro, me examina buscando mi punto débil. Teme golpearme en un punto fuerte porque en su interior pervive todavía demasiado miedo al blanco, por lo que primero siempre buscará el punto débil. Quiere golpearme, pero para hacerlo necesita encontrar mi debilidad. Y yo debo ocultarla como sea, tengo que esconderla en lo más profundo de mi ser. Aquello era África. Estaba en África. Ellos no sabían que no era su enemigo. Sólo sabían que era blanco, y el único blanco que habían conocido era el colonialista que los había denigrado, humillado y doblegado, y que debía pagar por ello⁷.

⁷ Kapuściński, Ryszard (2006): *La guerra del fútbol*, Barcelona: Anagrama, pp. 147-148.

Siempre que se encontraba entre personas que caían alcanzadas por una bala, (luchó por sobrevivir en 12 frentes) y él seguía con vida, lo atribuía a la enorme suerte que tenía, pero decía también que este don de sobrevivir en la situaciones extremas, seguramente, tenía algo que ver con la experiencia que adquirió siendo niño. “Al que haya pasado por semejante “escuela”, desarrollando desde pequeño el instinto de supervivencia, le resulta más fácil deslizarse entre las líneas del frente en su intento de salvar la vida.”⁸

En numerosas ocasiones cayó enfermo, sufrió de malaria cerebral de lo que da cuenta en el “Ébano”.

– Gracias a Dios, estás vivo –oí–. Pero enfermo. Tienes malaria. Malaria cerebral. [...] La primera señal de un inminente ataque de malaria es una inquietud interior que empezamos a experimentar de repente y sin ningún motivo. Algo nos pasa, algo malo. Si creemos en los espíritus, sabemos qué es: ha entrado en nosotros un espíritu maligno y nos ha embrujado. Nos ha paralizado y clavado. Por eso no tardamos en sentirnos entumecidos, pesados y sumidos en el marasmo. Todo nos irrita. Sobre todo la luz, detestamos la luz. Nos irrita la gente: sus voces estridentes, su repugnante olor y su tacto áspero. [...] Tras un fuerte ataque de malaria, la persona se convierte en una piltrafa humana. Yace postrado en medio de un charco de sudor; la fiebre no lo abandona y no puede mover manos ni piernas. Todo le duele, la cabeza le da vueltas y tiene mareos. Está exhausto, débil, inerte. Llevado por alguien en brazos, da la impresión de no tener huesos ni músculos. Y pasan muchos días antes de que vuelva a ponerse en pie. En África, cada año la malaria se ceba en millones de gente; y allí donde se mueve más libremente –en territorios húmedos, pantanosos, situados en zonas bajas– mata a uno de cada tres niños⁹.

En su larga carrera de reportero, Kapuściński cuatro veces se encontró en peligro de morir fusilado, una vez fue condenado a muerte. Lo que siente una persona que se entera de que en cualquier momento puede morir, lo describe en *La guerra del fútbol*.

De pronto, las fuerzas lo abandonan, los músculos se niegan a obedecerle, ni siquiera tiene energías para lanzar un grito, pegar puñetazos en la pared o dar cabezazos contra el suelo. No, nuestro cuerpo ya no nos pertenece, se ha convertido en una materia extraña que debemos cargar a costas

⁸ Kapuściński, Ryszard (2007): *El mundo de hoy. El autorretrato de un reportero*, Barcelona: Anagrama, p. 37.

⁹ Kapuściński, Ryszard (2007): *Ébano*, Barcelona: Anagrama, pp. 61-64.

hasta que alguien nos libre de su aplastante peso. El aire cada vez más sofocante, se vuelve la única realidad palpable, lo único que los sentidos son capaces de percibir¹⁰.

Siempre reconocía que en sus viajes muchas veces tenía miedo y que nunca había conocido a alguien que no lo tuviera. El miedo formaba parte intrínseca del trabajo de reportero que Kapuściński empezó con enormes ganas de cruzar las fronteras y acabó convirtiéndose en su segunda naturaleza. En una de sus innumerables entrevistas decía que no podría vivir sin viajar y sin escribir, que si un día llegara el momento en que viera que no iba a poder viajar más, rompería la pluma¹¹. El viajar y el dar el testimonio de lo que en sus viajes presenciaba eran su manera de vivir. Reconocía que pertenecía a una tribu de Colonos, que empujados por un imperativo difícil de explicar racionalmente, necesitaban estar en un continuo movimiento, conociendo a nuevas personas, nuevos lugares, nuevos sabores y nuevos olores, para poder después compartir sus experiencias con los demás. Consideraba su deber moral informar sobre los problemas y las necesidades de las sociedades del tercer mundo, porque éstas, perteneciendo a la silenciosa mayoría, carecen de medios que les posibiliten hacerse oír y escuchar por sí solos. En alguna ocasión, se calificó de una especie de misionero porque, en sus palabras, en lo que hacía “había mucho sacrificio y mucha pasión.”¹²

La de reportero, aunque la más importante, no era la única de sus facetas. Kapuściński se dedicaba también a la enseñanza. A los jóvenes adeptos del periodismo les decía que para poder escribir una página de texto propio deben antes leer otras cien que otros dedicaron al mismo tema. Cuando en 1998 empezó a escribir *Ébano*, un conjunto de ensayos sobre África, reunió en su casa 260 libros sobre el continente negro, que le servían como material de consulta. Sin embargo, su lema fue escribir sobre lo que él mismo había visto, había sentido y había vivido. Era una tarea muy habitual en Kapuściński la de documentarse y de profundizar en el tema por medio de la lectura, antes de proceder a escribir. Durante la preparación de su último libro *Viajes con Heródoto* (2007), recopiló 140 títulos.

Decía que, de cara a nuevo libro, siempre se sentía como si éste fuera a ser el primero, que le costaba escribir. Para él era una labor muy trabajosa, estaba contento si conseguía escribir una página al día.

¹⁰ Kapuściński, Ryszard (2006): *La guerra del fútbol*, Barcelona: Anagrama, p. 71.

¹¹ Ert-Eberdt, Alina (2001): “Nigdzie nie zostawiam swojego bagażu.” En línea: www.kapuściński.info/page/wywiady/38

¹² Ibid.

La pasión de Kapuściński por conocer nuevos países y por ser testigo de grandes acontecimientos hacía que éste salvara a sus compañeros periodistas. Seguía trabajando para la Agencia Polaca de Prensa, cuando en el año 1974 se fue a Angola. Nadie quería ir allí puesto que, por aquella época, Angola acababa de obtener la independencia que la llevó a la guerra civil. No obstante, Kapuściński accedió a la idea a pesar de que sabía que las probabilidades de salir con vida eran muy bajas. El fruto de este viaje es el libro titulado *Un día más con vida* (1976), en el que relata de una manera muy personal, basándose en sus propias experiencias, reflexiones y observaciones de la guerra civil angoleña. Sin embargo, hay que decirlo, que más que un libro sobre la guerra es un testimonio sobre la soledad. En el prólogo de la edición británica de este libro (Londres, 1987), Salman Rushdie dijo que “un Kapuściński valía más que un millar de chupatintas llorosos y fantásticos.”

Los primeros ciclos de reportajes editados en Polonia en los años sesenta y setenta no tuvieron éxito y no atrajeron la atención de los lectores. Kapuściński recuerda que se sentía muy desdichado, cuando veía que sus libros se eternizaban en las estanterías lo que, en aquella época, era señal que sus libros eran malos, porque los buenos libros desaparecían enseguida¹³. Hubo quien le aconsejaba cambiar la manera de escribir o incluso el género. Sin embargo, Kapuściński se mostró fiel a sí mismo y el tiempo demostró lo acertada que resultó ser su decisión. Aunque fue en 1975, con la publicación de *Cristo con el fusil al hombro*, cuando se pudo apreciar el gran cambio, ya que la novela fue muy bien acogida por parte de los lectores. El verdadero éxito y reconocimiento de la crítica mundial a Kapuściński le llegó en 1978 cuando se publicó el *Emperador* y después, con la publicación del *Sha o la desmesura del poder* en el año 1982. Estos dos libros fueron la llave que le abrió la puerta a los mercados del Occidente. El *Emperador* habla sobre los mecanismos de la dictadura en la corte etiope y sobre cómo ésta deforma y deprava a la gente. Sin embargo, a pesar del título, el protagonista de la novela no es el dictador Hajle Sellasje, sino sus cortesanos que, según Kapuściński, eran responsables de crear y sostener dicha dictadura. En 1983, *Sunday Times* eligió al *Emperador* el libro del año y en marzo de 1987, el Royal Court Theater de Londres presentó la obra basada en la novela. Tanto los británicos como los polacos hicieron analogías entre la realidad de la novela y sus respectivos gobiernos. Los billetes para el espectá-

¹³ Kapuściński, Ryszard (2007): *El mundo de hoy. Autorretrato de un reportero*, Barcelona: Anagrama, p. 26.

culo desaparecían en un día. En Polonia, la escenificación del *Emperador* se representó en siete teatros diferentes.

Como continuación de las dos novelas, Kapuściński concibió la idea de escribir una trilogía sobre los dictadores. Así pues, al *Emperador* y al *Sha* iba a unirse un tercer dictador, el ugandés Idi Amin Dadá. Era el año 1985, cuando en la Unión Soviética empezaba el proceso de la perestroika, y el interés de Kapuściński por el dictador ugandés se vio eclipsado por los acontecimientos que allí tenían lugar, y así, el dictador ugandés pasó a un segundo plano desplazado por los cambios en el imperio soviético. El dinero que ganó con la publicación del *Emperador* en la URSS le permitió a Kapuściński emprender un largo viaje de dos años y gracias al que conoció a lo largo y a lo ancho la Unión Soviética. El fruto de este viaje fue *Imperio* (1993), la tercera obra de Kapuściński que tuvo gran eco en el mundo literario, en el panorama internacional. Es un retrato personal e intimista del declive y la caída del imperio soviético. Kapuściński sentía que era su obligación moral escribir este libro, ya que él mismo provenía de la zona fronteriza del Este de Polonia, que llegó a formar parte de la Unión Soviética. *Imperio* se ha traducido a 23 idiomas, sin embargo, nunca se ha traducido al ruso.

Kapuściński en el prólogo de *Lapidarium*¹⁴ (1990) explica lo que se esconde bajo este título. *Lapidarium*, leemos, “es un lugar (plazoleta en una ciudad, atrio en un castillo, patio en un museo) donde se depositan piedras encontradas, restos de estatuas y fragmentos de edificaciones, [...] en una palabra, cosas que forman parte de un todo inexistente (ya, todavía, nunca) y con las que no se sabe qué hacer.” Esta cita refleja a la perfección el carácter de *Lapidarium*, puesto que, como éste no guarda relación con las demás obras de Kapuściński, se podría considerar perteneciente a una corriente aparte. *Lapidarium* consiste en una colección de anotaciones sueltas que describen emociones, observaciones y reflexiones sobre diferentes temas, también sobre Polonia. Según Kapuściński, el ser humano nunca piensa de manera lineal, nuestros pensamientos se componen de fragmentos de conversaciones, historias y acontecimientos. Él defendía este collage literario, le parecía la manera más natural de expresarse. Empezó a escribir *Lapidarium* en 1981, cuando en Polonia se impuso la ley marcial y Kapuściński se quedó en paro junto con toda la redacción del semanal *Kultura*. Sin trabajo pero con muchas ganas de escribir, empezó a anotar sus reflexiones acerca de los temas que a él le importaban, de los que él era testigo. Ésta es la serie

¹⁴ Kapuściński, Ryszard (2003): *Lapidarium IV*, Barcelona: Anagrama.

más comprometida con Polonia. La primera *colección de fragmentos* de la que se compone *Lapidarium*, y que cuenta en total de seis libros independientes, se publicó en Polonia en 1990. La última salió en 2007.

Kapuściński siempre viajaba con una cámara de fotos pero nunca ilustraba sus libros con fotos, ya que para él la de escribir y la de fotografiar eran dos actividades distintas. No sabía ser a la vez reportero y fotógrafo. Decía que cuando sacaba fotos se fijaba en la parte visual, en la cara, en el gesto de la persona que retrataba, mientras cuando recopilaba el material para un reportaje su atención se veía atraída más bien por el mensaje verbal que su interlocutor le transmitía¹⁵. Eran actividades que le proporcionaban distintos tipos de mensaje. Kapuściński pasó en África 40 años y en 2000 se publicó su álbum de fotos que, en cierto modo, cerraba esta etapa de su vida profesional. En el prólogo del álbum titulado *Desde África* cuenta:

Más difícil lo tenemos con quienes están persuadidos de que la cámara fotográfica no es más que un instrumento de hechicería: contagiamos enfermedades al ganado, envenenamos los pozos, les transmitimos el sida. En tales condiciones, lo mejor que podemos hacer es guardar la cámara en la bolsa, y lo más oculta posible. Una vez, en Uganda, me alojé durante cierto tiempo en Kampala, en casa de unos amigos. Trabajaba allí como empleado doméstico un hombre llamado Anselmo, procedente de una comunidad del norte del país profundamente supersticiosa. Cierta día, al salir de casa, le vi venir de frente por el camino. Como llevaba la cámara conmigo, le hice una fotografía. Anselmo se puso lívido, empezó a farfullar algo ininteligible y fue asaltado por temblores. Creí que aquel hombre grande y fuerte iba a lanzarse sobre mí de un momento a otro y me iba a estrangular. Sin embargo, pese a la furia que le había embargado estaba tan paralizado por el temor que era incapaz de dar un paso. Traté de pedirle perdón por lo que acababa de hacer. Anselmo estaba convencido de que le había hechizado, así que yo intentaba apresuradamente discurrir una fórmula que le “desencantara”, pero era tanto el pánico que yo mismo sentía, que no se me ocurría nada adecuado para el caso. Anselmo tardó mucho tiempo tranquilizarse. Aquella misma noche desapareció de la casa de mis amigos, en la que había servido muchos años, y no volvimos a verle¹⁶.

El 23 de enero de 2007, a la edad de setenta y cuatro años murió en Varsovia Ryszard Kapuściński. Decía que su razón de existir era intentar acercar “lo otro” que hay en el mundo. Se consideraba una especie de puente, de transmisor, de traductor, pero no de un idioma a otro sino de una

¹⁵ VVAA (2004): “Mistrz reportażu.” En línea: www.Kapuściński.info/page/wywiady/58

¹⁶ Kapuściński, Ryszard (2002): *Desde África*, Barcelona: Altaïr.

cultura a otra. Según él, hoy en día, éstos son los traductores que se necesitan puesto que la gente es cada vez más consciente de que el mundo en el que vivimos es multicultural, multilingüe, multireligioso y multirracial, con todas sus consecuencias. Otro mundo no es posible, por lo cual se hace imprescindible entrar en el camino de la armonía y el entendimiento. Y la armonía es posible bajo la condición que haya entendimiento.

El 23 de enero de 2007 Ryszard Kapuściński se fue a su más largo viaje, pero su memoria y el mensaje que encierra su obra se quedan con nosotros.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ERT-EBERDT, ALINA (2001): “Nigdzie nie zostawiam swojego bagażu”. En línea: www.Kapuściński.info/page/wywiady/38, fecha de consulta: 20/02/2008.
- KAPUŚCIŃSKI, RYSZARD (2002). *Desde África*. Barcelona: Altaïr.
- (2003): *Lapidarium IV*. Barcelona: Anagrama.
- (2006): *La guerra del fútbol*. Barcelona: Anagrama.
- (2006): *Viajes con Heródoto*. Barcelona: Anagrama.
- (2007): *Ébano*. Barcelona: Anagrama.
- (2007): *El mundo de hoy. El autorretrato de un reportero*. Barcelona: Anagrama.
- (2007): *El Sha o la desmesura del poder*. Barcelona: Anagrama.
- TOKARCZUK, OLGA (2001): *Gra na wielu bębenkach*. Wałbrzych: Wydawnictwo Ruta.
- ŻAKOWSKI, JACEK (2003): “Mam jeszcze tyle do opisanía.” En línea: www.Kapuściński.info/pagewywiady/51, fecha de consulta: 20/02/2008.
- VVAA: “Hanna Krall o Ryszardzie Kapuścińskim” En línea: <http://serwisy.gazeta.pl/kapuscinski/1,23087,457622.html>, fecha de consulta: 20/02/2008.
- (2004): “Mistrz reportażu.” En línea: www.Kapuściński.info/page/wywiady/58, fecha de consulta: 20/02/2008.